



CAMBIO CLIMÁTICO

Escépticos frente a ortodoxos

¿Cabe esperar una conversación civilizada sobre el cambio climático?

Michael D. Lemonick

AL TRATAR DE COMPRENDER LA CONTROVERSIA QUE ha rodeado a Judith Curry, resulta tentador inclinarse por una de las dos argumentaciones más cómodas. Curry, directora de la Escuela de Ciencias de la Tierra y la Atmósfera del Instituto de Tecnología de Georgia, es conocida por sus investigaciones sobre los huracanes o la dinámica de los hielos árticos, entre otros temas. Desde hace algo más de un año, sin embargo, es mencionada a menudo por una causa que molesta, si no enfurece, a muchos de sus colegas de profesión: Curry ha mantenido un diálogo activo con la comunidad de escépticos del cambio climático, sobre todo a través de blogs como *Climate Audit*, *Air Vent* o *Blackboard*. Y, en el camino, ha acabado por cuestionar las reacciones de los climatólogos ante quienes dudan de su ciencia, con independencia de lo asentada que esta se encuentre. Es cierto que numerosos escépticos no hacen sino reciclar críticas refutadas hace tiempo, pero otros, opina Curry, plantean objeciones válidas. Al echarlas todas en el mismo saco, los expertos no solo están desperdiciando una ocasión para depurar su ciencia, sino que proyectan una imagen altiva y engreída ante a la opinión pública. Según Curry: «Es cierto que se dicen muchas excentricidades, pero no todo lo es. Aunque solo un uno o un diez por ciento de las objeciones fuesen legítimas, habríamos hecho bien [en considerarlas], porque nos hemos dejado lastrar demasiado tiempo por un pensamiento de grupo».

Curry reserva sus críticas más feroces para, el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC). Para casi todos los expertos, los informes que cada cinco años publica el organismo de las Naciones Unidas representan el consenso en climatología. Pocos afirmarían que el IPCC es perfecto, pero Curry opina que necesita una reforma sustancial y lo tacha de corrupto. «No voy a criticar al IPCC para respaldarlo después. Su proceder no me merece suficiente confianza», explica. Si afirmaciones semejantes se rumoreasen en congresos o salas de reuniones, se entenderían como parte de las discrepancias inherentes a una ciencia en proceso de maduración. Pero, pronunciadas en los mismos foros que en noviembre de 2009 difundieron la correspondencia privada de lo que dio en llamarse *Climategate*, han sido tachadas de traición por muchos.

Su caso ha dado pie a dos explicaciones contrapuestas; ambas, a primera vista, igualmente plausibles. La primera presenta a Curry como una mediadora, alguien capacitada para llevar el debate por cauces más civilizados y para dirigir al público hacia actuaciones razonables: un reconocimiento sincero de los errores propios y un trato respetuoso hacia los escépticos debería resultar positivo. La versión alternativa sostiene que se ha dejado embaucar y que sus esfuerzos bienintencionados solo han servido para arrojar más leña al fuego. Según esta opinión, tender puentes carece de sentido, puesto que es imposible convencer a los escépticos. Además, estos se han excedido más allá de lo tolerable para llevar sus argumentos al público. En lugar de

EN SÍNTESIS

La hostilidad entre la corriente ortodoxa en climatología y la comunidad de escépticos del cambio climático impide un diálogo que, según algunos expertos, podría resultar beneficioso.

Tras el Climategate y algunas acusaciones al IPCC, la opinión pública se encuentra más desconcertada que nunca, sobre todo en lo referente a las incertidumbres que rodean al futuro del clima.

Es importante entender que, en ciencia, incertidumbre no significa lo mismo que ignorancia. La ciencia es, más bien, una metodología para cuantificar lo desconocido.

Los climatólogos deben aprender a comunicar a la opinión pública lo que entienden por márgenes de error y han de saber responder a las críticas de quienes no comparten sus teorías.

tratar el debate en congresos o a través de prensa científica especializada, se han dedicado a difundir correspondencia privada, robada de ordenadores personales. Si la disciplina fuese cosmología o paleontología, la interpretación de los hechos no importaría demasiado. Pero el caso de la climatología es otro. La mayoría de los expertos coincide en que, para evitar un desastre en potencia, harán falta cambios de calado en la agricultura y en el modelo de producción energética, entre otros.

Así las cosas, perfilar con acierto el debate público puede convertirse en una cuestión de supervivencia. Si nos proponemos adoptar medidas serias, el momento es ahora. Cualquier retraso provocará que los esfuerzos para evitar o posponer un gran cambio climático resulten mucho más caros y difíciles. En diciembre de 2009, sin embargo, la Conferencia Internacional sobre Cambio Climático en Copenhague se saldó con un documento descafeinado que no imponía restricciones legales a las emisiones de gases de efecto invernadero. En consecuencia, el Senado de los EE.UU. ni siquiera logró aprobar una modesta ley de comercio de derechos de emisión de CO₂. Por otra parte, como resultado del *Climategate* y de las críticas contra la climatología en general y contra el IPCC en particular, la opinión pública se encuentra más desorientada que nunca. ¿Está Curry mejorando o empeorando la situación?

CAMBIO DE PERSPECTIVA

La travesía de Curry comenzó con un artículo del que era coautora y que fue publicado en *Science* en 2005. En él, se vinculaba el aumento en la intensidad de los ciclones tropicales con el calentamiento global. El trabajo le valió críticas feroces en los blogs de la comunidad escéptica, que argumentaba que adolecía de deficiencias graves en las estadísticas sobre huracanes, sobre todo en las referentes al período anterior a 1970. Además, la investigación habría ignorado los efectos derivados de la variabilidad natural. Según Curry: «En términos generales éramos conscientes de esos problemas. Pero los críticos sostenían que su importancia era mucho mayor».

Curry no compartía necesariamente esos reproches, pero en lugar de desestimarlos, como muchos científicos habrían hecho, comenzó a debatir con los críticos. «El primer autor del artículo, Peter J. Webster, apoya mis conversaciones con los escépticos», añade Curry. «Ahora mantenemos un trato muy cordial con Chris Landsea, con quien nos enfrentamos entre 2005 y 2006, y hemos discutido con Pat Michaels sobre el asunto». Curry participó en un blog dirigido por Roger Pielke, Jr. (profesor de estudios ambientales en la Universidad de Colorado que ha mostrado con frecuencia su desacuerdo con la corriente imperante en climatología), así como en *Climate Audit*, gestionado por Steve McIntyre, estadístico. Curry añade que este blog se convirtió en su favorito: «Sus temas me parecieron muy interesantes y pensé: “En lugar de predicar otra vez a los conversos de *RealClimate* [el blog ortodoxo por excelencia], esta es la gente a la que quiero llegar»».

Fue entonces cuando Curry comenzó a respetar a los críticos, o al menos a algunos de ellos. Eso la condujo a reconsiderar la defensa incondicional del IPCC que había mostrado durante años. «Reconozco que me dejé llevar por cierto pensamiento de grupo», explica Curry. Con ello no se refiere al artículo sobre huracanes en particular, sino a la costumbre de aceptar, sin más, la idea de que los informes del IPCC constituyen las opiniones más certeras sobre el cambio climático.

Curry afirma que siempre confió en que el IPCC sabría manejar las múltiples y dispares ramificaciones de esta compleja y

polifacética disciplina científica. «Mi confianza en el informe del Grupo de Trabajo I del IPCC era casi total», añade. Pero ya entonces albergaba algunas dudas. Había apreciado cierta falta de rigor en áreas en las que ella era experta, como la nubosidad o los hielos marinos. «Fui revisora del Tercer Informe de Evaluación en lo tocante a los aerosoles atmosféricos [partículas como el polvo o el hollín, que afectan a la formación de nubes]. Les dije que su planteamiento era muy simplista y que ni siquiera mencionaban los efectos de los aerosoles en la formación de nubes. No se trataba de errores, sino más bien de ignorancia no reconocida y una confianza exagerada». En retrospectiva, dice riendo: «Si había expertos en otras áreas que viajaban en el mismo barco, el asunto da que pensar».

Parece que fueron pocos quienes opinaron lo mismo. De los centenares de científicos que participaron en el informe de 2001, se cuentan con los dedos quienes proclamaron que sus tesis habían sido ignoradas (por más que el informe nunca hubiera reflejado a la perfección los planteamientos de cada uno de los expertos). Aun así, una vez que Curry comenzó a indagar en los blogs de la comunidad escéptica, las cuestiones planteadas por algunos de los críticos más agudos (entre quienes se incluían estadísticos, ingenieros y creadores de simulaciones informáticas procedentes de la industria) contribuyeron a concretar sus propias dudas. «No afirmo que los principios científicos del IPCC fuesen erróneos, pero ya no me siento en la obligación de reemplazar mis conclusiones por las del IPCC», afirmaba en el blog *Collide-a-Scape*.

Curry fue encontrando más ejemplos en los que, según su opinión, el IPCC estaba «retorciendo» la ciencia: «Un directivo de una de las grandes instituciones de modelización climática me contó que los investigadores parecían dedicar el 80 por ciento de su tiempo a ejecutar simulaciones para el IPCC, y solo el 20 por ciento a desarrollar modelos mejores». Afirma también que el IPCC ha infringido sus propias normas al haber aceptado artículos que no han sido revisados por expertos; además, ha nombrado altos cargos a científicos con relativa poca experiencia, que, eso sí, alimentan la «narrativa» de la organización sobre el terrible destino que se nos avecina.

Quienes niegan o cuestionan el cambio climático se han aferrado a las declaraciones de Curry para poner en entredicho las bases científicas de la climatología. Es importante subrayar que nada de cuanto Curry haya observado la ha llevado a cuestionar los aspectos científicos; que tampoco pone en duda el calentamiento del planeta, y que considera que el fenómeno obedece, en gran medida, a nuestras emisiones de gases de efecto invernadero, incluido el dióxido de carbono. También reconoce que, en caso de que la situación evolucionase hacia el peor de los escenarios posibles, las consecuencias serían catastróficas. No piensa que los correos interceptados en el *Climategate* constituyan indicios de fraude ni que el IPCC sea fruto de una gran conspiración internacional. Lo que sí cree es que, tras bajar de su torre de marfil, la climatología ortodoxa se ha instalado en una fortaleza ideológica cuyos moradores se consideran infalibles y en la que los foráneos tienen prohibida la entrada.

CIENCIA E INCERTIDUMBRE

Curry no se encuentra sola en sus críticas contra el IPCC. Tras el *Climategate*, un error en un informe del IPCC sobre la fusión de los glaciares, sumado a las acusaciones de conflicto de intereses contra su presidente, Rajendra K. Pachauri, provocó la intervención de diversos organismos, desde las Naciones Unidas y el Gobierno británico hasta universidades a ambos lados del Atlántico.

co. Ninguno de ellos halló pruebas de práctica fraudulenta. Tampoco lo hizo el Consejo Interacadémico (IAC), una red integrada por academias de las ciencias de todo el mundo. Pero aunque no halló errores o distorsiones de calado, afirmó que los procedimientos del IPCC no se habían adaptado a los tiempos y que, en ciertos casos, el organismo no había aplicado con rigor sus propias normas.

Declaraciones polémicas aparte, el origen de las preocupaciones de Curry coincide con el problema al que se enfrenta la climatología cuando intenta convertir sus conclusiones en medidas concretas sobre política ambiental. La opinión pública desea saber si el planeta se está calentando o no, en qué medida lo hace y cuán graves serán las consecuencias. Pero las respuestas de los científicos vienen envueltas en un lenguaje de apariencia vaga, que se expresa en probabilidades y niveles de confianza. Por tratarse de una cuestión con una fuerte carga política, algunos expertos se muestran reacios a mencionar al público nada que tenga que ver con incertidumbres. Temen que cundan ejemplos como el del senador de Oklahoma James Inhofe, quien calificó el cambio climático como «la mayor estafa jamás perpetrada contra el pueblo estadounidense». Inhofe y otros escépticos con motivaciones políticas continúan empleando las incertidumbres como arma arrojadiza para atacar a la climatología en conjunto: dado que los científicos no lo saben todo, no saben nada.

Los márgenes de error afectan tanto al clima del pasado como a los pronósticos sobre el clima futuro. Curry afirma que los expertos no han sabido manejar la incertidumbre en sus cálculos, y que ni siquiera pueden determinar con precisión el que, posiblemente, constituye el coeficiente más importante de todos los modelos: el forzamiento radiativo del CO₂; es decir, el aumento de temperatura que, de manera aislada, provocaría una concentración del CO₂ atmosférico doble a la actual (sin tener en cuenta la fusión del hielo, la retención atmosférica de vapor de agua, ni docenas de otros factores).

Curry argumenta que las dificultades se multiplican cuando se intentan incluir todos los efectos en las predicciones para el próximo siglo, ya que también se encuentran plagados de incertidumbres. «Hay gran cantidad de incógnitas que ni siquiera sabemos cómo cuantificar, pero que deberían incluirse en el cálculo del nivel de confianza». Un ejemplo lo proporciona el «palo de hockey», el gráfico de temperaturas que muestra que las temperaturas actuales son las más elevadas desde hace cientos de años. Para afirmar que este año o aquel decenio han sido los más cálidos, habría que conocer con certeza las temperaturas reales a lo largo de todos esos siglos. Y Curry, a la par que numerosos escépticos, no piensa que nuestro conocimiento al respecto sea tan sólido.

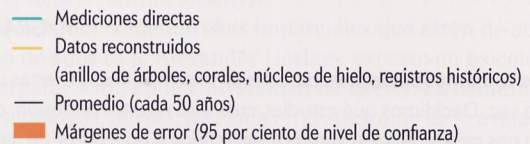
Muchos climatólogos consideran injustas esas críticas. Afirman que el IPCC siempre ha sido franco en lo referente a las incertidumbres y que sus informes mencionan con detalle los puntos conflictivos. Sería irresponsable ofrecer respuestas taxativas a preguntas como cuánto aumentarán las temperaturas o cuánto subirá el nivel del mar. En su lugar, se cuantifican los niveles de confianza. Y lo que es más importante: otros expertos disienten de Curry acerca del efecto de las incertidumbres en los resultados finales. Sí, es cierto que el coeficiente más importante de la climatología no se conoce con absoluta precisión, reconocía poco antes de fallecer, en julio de 2010, Stephen H. Schneider, profesor de biología ambiental y cambio climático en la Universidad de Stanford. Pero su incertidumbre no pasa de algunos puntos porcentuales, por lo que no sesga los pronósticos de forma importante. Otros efectos, como si la nubosidad va a acele-

Comprender las tendencias

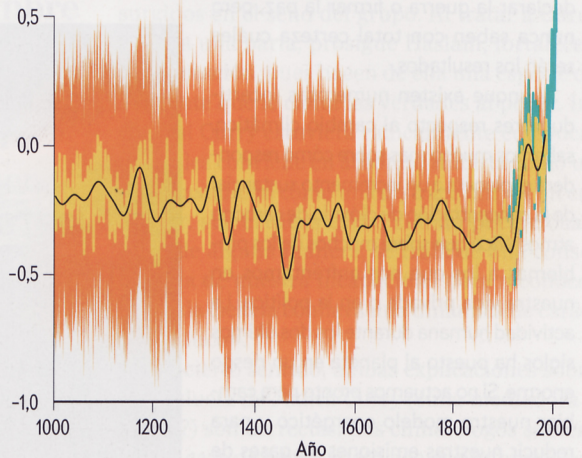
Algunas cuestiones importantes en climatología son problemáticas, pues dependen de mediciones indirectas o de datos incompletos. Las incertidumbres que se derivan de ello suelen hacerse explícitas, pero la sola existencia de márgenes de error a menudo genera confusión. Los gráficos siguientes ilustran dos ejemplos controvertidos.

Reconstruir el pasado

En el Tercer Informe de Evaluación del IPCC, de 2001, se ofrece un gráfico de temperaturas que se remonta nada menos que 1000 años atrás. La línea se eleva bruscamente en los últimos decenios: es el llamado «palo de hockey». Los intervalos de confianza (naranja) son mayores en el pasado debido a la falta de mediciones directas de temperatura. Los datos se han deducido a partir de los anillos de los árboles, el crecimiento de corales, perforaciones en el hielo y otros procedimientos. La probabilidad de que la temperatura real se hallase dentro de los intervalos de confianza señalados es del 95 por ciento.



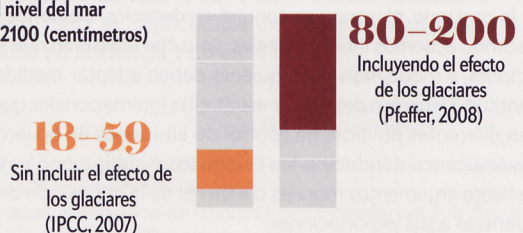
Desviaciones de la temperatura con respecto a la media del período 1961-1990 (grados Celsius)



Pronosticar el futuro

Cuando el IPCC publicó su Cuarto Informe de Evaluación en 2007, contenía una estimación de la elevación futura del nivel de mar en la que, a falta de datos sobre la dinámica de los glaciares, excluía ese factor. El IPCC daba unas cotas de elevación «verosímil» (donde «verosímil» se definía como una probabilidad del 66 por ciento). Una revisión posterior basada en nuevos datos duplicaba con holgura los pronósticos de 2007.

Elevación prevista del nivel del mar en 2100 (centímetros)



rar o a retardar el calentamiento global, son mucho más impre-
cisos, pero el IPCC siempre lo ha admitido, apuntaba Schneider,
quien hace diez años persuadió al IPCC para que sistematizase
su tratamiento de las incertidumbres. «Últimamente hemos vis-
to a muchos testaferros de Judy», afirmaba Schneider. «Resulta
espantoso ver cómo una científica tan competente parece adop-
tar unas opiniones tan poco rigurosas. No encuentro explicación
a semejante conducta.»

Pero los críticos no parecen los únicos faltos de rigor. Aun-
que la inspección de la IAC declaró su respeto por el IPCC, ob-
jetó la manera en que la organización trataba las incertidum-
bres. Según Harold Shapiro, antiguo rector de la Universidad
de Princeton y director de la comisión inspectora: «Examina-
mos con sumo detalle su manera de comunicar a los respon-

sables políticos los grados de incertidumbre. A nuestro enten-
der, hubo de todo. Algunas veces se hizo de la manera correcta.
Otras, no tanto. Había aseveraciones que expresaban gran
confianza con muy pocas pruebas y ocasiones en que se ha-
cían afirmaciones que no eran falsables». Los enunciados cuya
falsedad resulta imposible de verificar no se consideran cien-
tíficos.

Sin embargo, existe al menos un aspecto en el que Curry se
halla en sintonía con sus compañeros de profesión. La opinión
pública ha de comprender que, en ciencia, incertidumbre no es
lo mismo que ignorancia. Más bien, la ciencia constituye una
manera de cuantificar lo desconocido. Curry ha tratado de ini-
ciar un diálogo sobre una de las cuestiones más difíciles e im-
portantes en política ambiental: en qué medida la ciencia pue-

POLÍTICA

Cómo afrontar un destino incierto

Es hora de abandonar la fantasía de que el primer paso consiste en alcanzar un acuerdo global

M. GRANGER MORGAN

Todos tomamos decisiones basadas en informaciones inciertas una
y otra vez. Decidimos qué estudiar, cuál será nuestra profesión, con
quién nos casaremos y si vamos a tener hijos o no a partir de datos
incompletos e inciertos. La situación de los gobiernos no es distinta.
Pueden financiar el transporte, poner en práctica políticas sociales,
declarar la guerra o firmar la paz, pero
nunca saben con total certeza cuáles
serán los resultados.

Aunque existen numerosas incerti-
dumbres respecto al cambio climático,
sabemos mucho más sobre cómo respon-
derá el planeta a un incremento sustancial
de la concentración de dióxido de carbono
atmosférico que sobre muchos de los pro-
blemas a los que nos enfrentamos en
nuestra vida privada o en la política. La
actividad humana durante los dos últimos
siglos ha puesto al planeta en un riesgo
enorme. Si no actuamos pronto para cam-
biar nuestro modelo energético y para
reducir nuestras emisiones de gases de
efecto invernadero, en este siglo nuestros
hijos y nietos presenciarán cambios profundos en los ecosistemas y
en el clima. Algo que pondría en peligro no solo nuestra forma de vida,
sino la supervivencia de miles de millones de personas en los países
en desarrollo. Aunque los climatólogos y asesores deberían ser más
cuidadosos y explícitos cuando se dirigen al público, no son las incerti-
dumbres científicas lo que impide avanzar en cuestiones políticas.

Lo primero que deberíamos hacer es dejar de lado la idea de que
todos los países han de ponerse de acuerdo antes de que cualquiera
de ellos se tome en serio una reducción en las emisiones de carbono.
De lo contrario, el retraso se contará en decenios. Debemos seguir
buscando acuerdos internacionales, pero con énfasis en que son las
naciones, a modo individual, quienes deben adoptar medidas con
prontitud. Debemos desarrollar estrategias internacionales que inte-
gren diferentes políticas de control de emisiones en acuerdos de
mayor alcance e inducir a los rezagados a subir a bordo, ya sea
mediante argumentos morales o a través de la imposición de tasas
aduaneras a sus importaciones.

Es necesario acabar con la actitud mental de «o ellos, o noso-
tros». Es cierto que el primer mundo se ha beneficiado de siglos de
desarrollo gracias a las emisiones ilimitadas de gases de efecto inver-
nadero. Pero ¿ha estado usted en China, India o Brasil hace poco?
Todos sus aviones, teléfonos móviles, automóviles y ordenadores

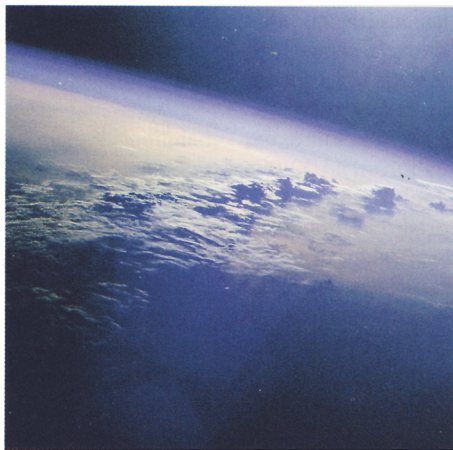
son también una consecuencia de aque-
llos años de desarrollo. Gracias a que pue-
den permitírselo, son los países del primer
mundo quienes tienen la obligación de
tomar la iniciativa en el control de sus
emisiones. Pero los límites de la respon-
sabilidad no están tan bien definidos
como muchos creen. Millones de indivi-
duos de elevada posición social en los
países emergentes generan emisiones tan
graves como las de cualquiera. No debe-
rían tener las manos libres.

Por último, es necesario que el público
comprenda algunos aspectos fundamen-
tales. En un estudio que mis colaborado-
res y yo publicamos hace quince años en
la revista *Risk Analysis* y que hemos repe-

tido este año, descubrimos que gran parte de la población no
entiende la diferencia entre clima y tiempo, y que siguen siendo
mayoría quienes ignoran que la combustión de carbón, petróleo o
gas natural constituye la principal causa del cambio climático. La
educación no será sencilla, porque son muchos los poderes econó-
micos que invierten miles de millones para proteger sus intereses a
corto plazo y mantener al público desorientado. Además, el *Clima-
tegate* se ha utilizado para aumentar la confusión.

Hicieron falta décadas para despejar las dudas sobre la relación
entre tabaco y cáncer. Si no actuamos pronto para reducir de manera
drástica las emisiones de carbono, dentro de unos cuantos decenios
podemos vernos encarrilados hacia la catástrofe. No tenemos, desde
luego, una certeza total. Pero el peligro es real y los pronósticos no
son favorables.

M. Granger Morgan es director de ingeniería y política pública en la Uni-
versidad Carnegie-Mellon y director del Centro de Decisiones sobre el Clima.



de ofrecer información válida aunque existan lagunas en el conocimiento. «Si no podemos expresarnos en el lenguaje de las distribuciones de probabilidades, nos vemos forzados a recurrir a símiles, como ruletas o lanzamientos de dados», explica Chris A. Forest, estadístico de la Universidad estatal de Pennsylvania. Y por ser la climatología una ciencia compleja, añade, expresiones como «verosímil» o «con una alta probabilidad», a las cuales recurren los informes de IPCC, condensan en una palabra muchos lanzamientos de dados, efectuados a la vez y acoplados unos con otros. Cuando los científicos traducen su jerga al lenguaje ordinario, incurren por necesidad en grandes simplificaciones; eso da la impresión de que se ignoran matices y hace que la opinión pública se forme versiones caricaturescas de las teorías sobre el clima.

Una lección crucial que es preciso comunicar al público es que la incertidumbre es un arma de doble filo. Cuando la ciencia adolece de imprecisiones, las consecuencias pueden ser mejores de lo que indican los pronósticos, pero también peores. Las previsiones sobre el aumento del nivel de mar representan un buen ejemplo. Resulta fácil estimar la rapidez con que se fundirá el hielo que cubre Groenlandia o la Antártida a medida que aumenten las temperaturas, así como el incremento del nivel del mar que provocará toda esa agua. Pero el calentamiento también podría afectar a la velocidad con que las lenguas de hielo de los glaciares fluyen hacia los océanos y forman icebergs, que también elevan el nivel del mar. La predicción de este segundo efecto se antoja más difícil. Como explica Curry: «No sabemos cómo cuantificarlo, por lo que ni siquiera lo incluimos en nuestros modelos».

En lugar de esconder bajo la alfombra las incertidumbres sobre las lenguas de hielo, como las críticas de Curry podrían hacer pensar, el Cuarto Informe de Evaluación del IPCC, fechado en 2007, las hace explícitas. En concreto, el informe pronostica entre 0,18 y 0,59 metros de elevación del nivel del mar a finales del siglo XXI, pero excluye la posibilidad de un incremento en el flujo de hielo. Según el documento, si bien tales incrementos resultaban verosímiles, en el momento de su preparación no existía información suficiente para determinarlos. Investigaciones posteriores han arrojado algo de luz sobre el asunto (si bien los autores reconocen que sus previsiones aún exhiben un margen de error importante). Al parecer, los pronósticos de 2007 quizás hayan sido demasiado optimistas.

Lo mismo se aplica a otros aspectos. «El más nefasto de los escenarios posibles podría ser peor que cualquiera que imaginemos en este momento», reconoce Curry. El aumento de temperatura provocado por una duplicación del CO₂ «podría ser de un grado. Pero quizá sean diez. Hemos de considerar todas las opciones, desarrollar políticas para todos los supuestos y efectuar un análisis de costes y beneficios para todos ellos; entonces empezaremos a deducir conclusiones con sentido».

DAÑAR LA IMAGEN

No cabe duda de que Curry ha generado polémica. A menudo es citada por algunos de los escépticos más ásperezos, como Marc Morano, antiguo asesor del senador Inhofe y fundador del blog *Climate Depot*. Pero no solo él: Andrew C. Revkin, comentarista veterano de ecología en *The New York Times*, ha tratado a Curry con gran respeto en su blog *Dot Earth*. Otro tanto ha hecho Keith

Kloor, que gestiona *Collide-a-Scape*, un blog que se esfuerza decididamente por ser imparcial.

A los expertos les preocupa que la notoriedad de Curry ponga en peligro el consenso sobre cambio climático alcanzado a lo largo de los últimos 20 años. Y, aun suponiendo que fuera posible, no ven un beneficio claro en convencer a los escépticos. Según Gavin A. Schmidt, climatólogo de Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA y dueño del blog *RealClimate*: «La ciencia no es una campaña electoral. No tenemos por qué convertirnos en el mejor amigo de todo el mundo».

Para Curry, el peligro no proviene de las críticas de los escépticos, cuestionables en su mayor parte. El peor menoscabo tiene su origen en la dura respuesta que la comunidad científica ofrece a esas críticas —al igual que muchos fallecimientos por gripe no se deben al virus, sino a una reacción exagerada del sistema inmunitario—. Curry subraya que ella misma ha sido víctima de ese proceder, si bien añade que no ha sufrido daños profesionales y que continúa publicando. «La comunidad la ha criticado con dureza por no observar la fetua [opuesta a dialogar con los escépticos]», afirma McIntyre.

No faltan comentaristas imparciales que estén de acuerdo. Uno de ellos es S. Alexander Haslam, experto en psicología de la organización en la Universidad de Exeter. La comunidad de climatólogos, afirma, ha caído en el síndrome de la oveja negra:

a los miembros de un grupo les hieren las críticas formuladas por los ajenos a la comunidad, pero reservan sus peores iras para los díscolos surgidos en el seno del grupo. Al tratar a Curry como a una paria, prosigue Haslam, fortalecen su reputación, pues hacen de ella una especie de disidente que le canta las verdades al poder. Incluso si Curry estuviera radicalmente equivocada, no les conviene en absoluto tratarla como un mero fastidio ni como una distracción: «A mi entender, sus críticas están siendo perniciosas. Pero, de alguna manera, se trata de una consecuencia de nuestra incapacidad para reconocer que toda ciencia conlleva una dinámica de carácter político».

En cierto sentido, ambas explicaciones sobre la conducta de Judith Curry (¿una mediadora o una ingenua burlada?) son correctas. Los climatólogos se sienten atacados por una caza de brujas motivada por intereses políticos. Y, en ese ambiente enrarecido, el proceder de Curry ha sido interpretado como una traición, sobre todo cuando los escépticos se han aferrado a las críticas de Curry para hacer ver que siempre tuvieron razón. Pero Curry y los escépticos no carecen de motivos para sentirse agraviados: se sienten arrojados al vertedero de los extravagantes, sin la menor consideración hacia sus argumentos. La cuestión ha derivado en una chapucería política. Lo que podrían ser debates habituales sobre datos, metodologías o conclusiones se han convertido en exabruptos. No parece razonable esperar que todos desistan de atacar al contrario, pero, dada la importancia de lo que está en juego, es vital centrarse en la ciencia y no en el ruido.

PARA SABER MÁS

Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático. Los cuatro informes de evaluación del IPCC se encuentran disponibles en www.ipcc.ch. *RealClimate.org* se define como «un foro sobre el cambio climático a cargo de climatólogos en activo para periodistas y el público». Uno de sus moderadores es Gavin A. Schmidt. *ClimateAudit.org* es un blog escéptico a cargo de Steve McIntyre, estadístico.